

de afloxar, i à retirarse ácia los suyos, no desbaratados, sino cogidos: los nuevros encendidos en la pelea, i matança, que no fue pequeña, siguieronlos con toda la Gente, i Fardaje, i quando menos se cataron, entraban en las Acequias, i quebradas, i entre infinitísimos Indios armados, que los aguardaban en ellas: no se pararon por no desordenarse, i pasaronlos con harto temor, i trabajo, por la mucha prisa, i Guerra, que los contrarios les daban: de los quales hubo muchos, que arremetieron á los de Caballo, en aquellos malos paños, á les quitar las Lanças: tan ofados eran. Muchos Españoles quedaron allí perdidos, sino les ayudaran los Indios Amigos; ayudolos tambien mucho el esfuerzo, i consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los Caballos, peleando, i haciendo lugar, bolvia de quando en quando, á concertar el Esquadron, i animar su Gente: fallieron en fin, de aquellas quebradas, á Campo llano, i raso, donde pudieron correr los Caballos, i jugar la Artilleria: á Dios cosas, que hicieron harto daño en los Enemigos, i que mucho los maravilló por su novedad, i así luego huieron todos: quedaron este Dia, en el vn renqueñtro, i en el otro muchos Indios muertos, i heridos, i de los Españoles, fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, i todos dieron gracias á Dios, que los libró de tanta multitud de Enemigos, i muy alegres con la victoria, se subieron á poner Real en Teocancinco, Aldea de pocas Casas, que tenia vna Torrecilla, i Templo, donde se hicieron Fuertes, i muchas Choças de Paja, i Rama, que trajeron despues los Tamemes; hicieronlo tan bien aquellos Indios, que iban en nuestro Exercito, de los de Cempoallan, i de Iztacmiltitan, que les dió Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por verguença, i amistad. Durmieron aquella Noche, que fue la primera de Septiembre, los nuevros mal sueño, con recelo, no los sobrefaltasen los Enemigos; pero ellos no vinieron, que no acostumbrañ pelear de Noche, i luego en siendo de dia, embió Cortés á rogar, i requerir, á los Capitanes de Tlaxcallan, con la paz, i amistad, i á que le desasen pasar por su Tierra, á Mexico, que no iba á les hacer mal ninguno. Dejó docientos Españoles, i la Artilleria, i Ta-

memes en el Real: tomó otros docientos, i los trecientos de Iztacmiltitan, i hasta quatrocientos Cempoallanenses, i salió á correr el Campo con ellos, i con los Caballos, antes que los de la Tierra se pudiesen juntar: fue, quemó cinco, ó seis Lugares, i bolvióse con hasta quatrocientas Personas presas, sin recibir daño, aunque le siguieron peleando hasta la Torre, i Real, donde halló la respuesta de los Capitanes contrarios: la qual era, que otro Dia venían á verle, i á responderle como venía: Cortés estuvo aquella Noche muy á recaudo, cá le pareció braba respuesta, i determinada, para hacer lo que decían, maiormente, que le certificaban los prisioneros, que se juntaban ciento, i cinquenta mil Hombres, para venir sobre el otro Dia, i tragarse vivos los Españoles, á quien querían muy mal, creyendo ser muy grandes Amigos de Motecuma, al qual deseaban la muerte, i todo mal: i era así verdad; porque los de Tlaxcallan juntaron toda la Gente posible, para tomar los Españoles, i hacer de ellos los mas solemnescrificio, i ofrendas á sus Dioses, que jamás se huviesen hecho, i vn Banquete General de aquella Carne, que llamaban celestial: repartese Tlaxcallan en quatro Quarteles, ó Apellidos, que son Tepetipac, Ocotelulco, Tlaxatlan, Quyahuyztlan; que es como decir en romance los Seranos, los del Pinar, los del Yelo, los del Agua: cada Apellido de estos, tiene su Cabeça, i Señor, á quien todos acuden, i obedecen, i estos así juntos, hacen el Cuerpo de la Republica, i Ciudad, mandan, i gobiernan en paz, i en guerra, i así aqui en esta hubo quatro Capitanes, de cada Quarteel el suyo, mas el General de todo el Exercito, fue vno de ellos mismos, que se llamaba Xicotencatl, i era de los del Yelo, i llevaba el Estandarte de la Ciudad, que es vna Gruda de Oro, con las Alas tendidas, i muchos Esmaltes, i Argenteoria: traía la detras de toda la Gente, como su costumbre, estando en guerra, que sino delante va: El segundo Capitan era Maxixcacin: el numero de todo el Exercito, era casi ciento, i cinquenta mil Combatientes. Tanta junta, i aparato hicieron, contra quatrocientos Españoles, i al cabo fueron vencidos, i rendidos, aunque despues Amigos grandísimos; vinieron, pues, con todo su

Excr-

Exercito, que cubria el Campo, á ponerse cerca de los Españoles, vna gran Barranca, no mas en medio; el otro Dia siguieron, como prometieron, antes que amaneciese: Era Gente muy lucida, i bien armada, segun ellos vñan, aunque venían pintados, con Bija, i Xagua, que mirados al gesto, parecían Demonios: traían grandes Penachos, i campaban á maravilla: traían Hondas, Varas, Lanças, Espadas, que acá llaman Vilarmas, Arcos, i Flechas, sin Iervas: traían asimismo Cascos, Braçales, i Grevas de Madera doradas, ó cubiertas de Pluma, ó Cuero; las Coraças eran de Aigodon, las Rodelas, i Broqueles muy galanos, i no mal fuertes; cá eran de recio Palo, i Cuero, i con Laton, i Pluma: las Espadas de Palo, i Pedernal engastado, en el, que cortan bien, i hacen mala herida: el Campo estaba repartido por sus Esquadrones, è con cada muchas Bocinas, Caracoles, i Atabales, que cierto era bien de mirar, i nunca Españoles vieron junto mejor, ni maior Exercito en Indias, despues que las descubrieron.

CAP. XLVII. Los fieros que hacian á nuestros Españoles aquellos de Tlaxcallan, i las Batallas, i combates bravos, que entre ellos hubo.

ESTABAN feroces aquellos, i habladores, i diciendo entre sí melancólicos, que Gente poca, i loca es esta, que nos amenaza, sin conocernos, i se atreven á entrar en nuestra Tierra sin licencia, i contra nuestra voluntad: no vamos á ellos tan presto, dexemoslos descansar, que tiempo tenemos á los tomar, i atar. Embiemoslos de comer, que vienen hambrientos, no digan despues, que les tomamos por hambre, de cansados. E así les embiaron luego trescientos Gallipabos, i docientos Pan ordinario, que pesaba mas de cien arrobas, lo qual fue gran refrigerio, i socorro para la necesidad que tenían: dende á poco dixeron: Vamos á ellos, que id avrán comido, i comeremoslos, i pagarán nuevros Gallipabos, i nuestras Tortas, i sabremos quien les mandó entrar acá, i si es Motecuma, venga, i librellos, i si es su atrevimiento, lleven el pago. Estos,

i semejantes fieros, i liviandades hablaban entre sí vnos con otros, viendo tan poquitos Españoles delante, no conociendo aun sus fuerzas, i corage. Aquellos quatro Capitanes embiaron luego hasta dos mil de sus muy esforçados Hombres, i Soldados viejos, al Real á tomar los Españoles, sin les hacer mal, è si Armas tomasen, i se les defendiesen, que los atafen, i truxessen por fuerza, ó los matalen; mas ellos no querían, diciendo, que ganarian poca honra en tomarse todos con tan poca Gente. Los dos mil pasaron la Barranca, i llegaron á la Torre ofadamente; fallieron los de Caballo, i trás ellos los de pie, i á la primera arremetida les hicieron conocer quanto cortaban las Espadas de hierro: è á la segunda les mostraron, para quanto eran aquellos pocos Españoles, que poco antes vitrajaban: i á la otra les hicieron huir gentilmente, los que ellos venían á prender. No escapó Hombre de ellos, sino los que acertaron el paso de la Barranca; corrió entonces la demás Gente, con grandísima griteria, hasta llegar al Real de los nuevros, è fin que les pudiesen resistir entraron dentro muchos de ellos, è anduvieron á las cuchilladas, i braços con los Españoles, los quales tardaron vn buen rato á matar, i echar fuera aquellos que entraron saltando el Valladar, i estuvieron peleando mas de quatro horas con los Enemigos, antes que pudiesen hacer plaza entre el Valladar, i los que lo combatían, i á cabo de aquel tiempo aflojaron reciamente, viendo los muchos muertos de su parte, i las grandes heridas, i que no mataban á nadie de los Contrarios, aunque no dexaron de hacer algunas arremetidas, hasta que fue tarde, i se retiraron, de lo que mucho plugó á Cortés, i á los suyos, que tenían los braços cansados de matar Indios. Mas alegría tuvieron aquella Noche los nuevros, que miedo, por saber, que con lo oscuro no pelean los Indios, è así descansaron, i durmieron mas á placer, que hasta allí, aunque con buen recaudo en las estancias, i muchas velas, i escuchas por todo. Los Indios, aunque hecharon menos muchos de los suyos, no se tuvieron por vencidos, segun lo que despues mostraron. No se pudo saber quantos fueron los muertos, que ni los nuevros tuvieron este vagar, ni los Indios cuenta: E otro Dia, por la mañana, salió Cortés á talar el Campo, como la otra vez, de-

jando los medios de los suyos à guardar el Real, è por no ser sentido primero que hiciese el daño, partiò antes del Dia, quemò mas de diez Pueblos, i saquò vno de tres mil Casas, en el qual havia poca Gente de pelea, como estaban en la junta, todavía pelearon los que dentro estaban, i matò muchos de ellos, pufole fuego, i tornòse à su Fuerte, sin mucho daño, i con mucha presa, à medio dia, quando ia los Enemigos cargaban à mas andar para despojarle, i dar en el Real, los quales luego vinieron como el Dia antes, trañendo comida, i braceando, pero aunque combatièron el Real, i pelearon cinco horas, no pudieron matar Español, muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados, hacia rixa en ellos la Artilleria: quedò por ellos el pelear, i por los nuestros la Vitoria. Pensaban, que eran encantados, pues no les empecian sus flechas. Luego al otro Dia embiaron aquellos Señores, i Capitanes, tres fuertes de cosas en presente à Cortès, i los que las trujeron, le decian: *Señor veis aqui cinco Esclavos, si sois Dios bravo, que coméis Carne, i Sangre, coméis estos, i traerémos mas; si sois Dios bueno, è aqui Incienso, i Pluma; si sois Hombre, tomad Aves, i Pan, i Cereças.* Cortès les dijo, como èl, i sus Compañeros eran Hombres mortales, ni mas, ni menos que ellos, i que pues siempre les decia verdad, que por que trataban con èl mentira, i isonjas, i que deseaba ser su Amigo, i que no fusen locos, ni porfiados en pelear, que recibirian siempre mui gran daño, i que ia veian quantos mataban de ellos, si morir ninguno de los Españoles. Con esto los despidió, mas no por esto dejaron de venir luego, mas de treinta mil de ellos, à tentar las Coraças à los nuestros, à su propio Real, como los Dias antes; pero tornaronse descalabrados como siempre: es aqui de saber, que aunque llegaron el primero Dia, todos los de aquel gran Exercito, à combatir nuestro Real, i pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron, sino cada Quartel por si, para repartir mejor el trabajo, i mal por todos, i porque no se embaraçasen vnos, à otros, con tanta multitud, pues no havia de pelear sino con pocos, i en lugar pequeño, i aun por esto mas eran recios los combates, i Batallas, que cada Apellido de aquellos pugnaba, por hacerlo mas valiente, para ganar

mas honra si mataban, è prendiesen algun Español; è à la parecia, que todo su mal, i verguença recompentaba la muerte, è prision de vn solo Español; i tambien es de considerar sus combates, i peleas, porque no solo estos dias, hasta aqui, pero ordinariamente todos los quince, è mas Dias, que estuvieron allà los Españoles, ora peleasen, ora no, les llevaban vnas Tortillas de Pan, i Gallipabos, i Cereças: mas empero no lo hacian por darles de comer, sino por saber, que daño havian ellos hecho, i que animo tenian los nuestros, è que miedo, i esto no entendian los Españoles; i siempre decian, que los de Tlaxcallan, cuyos ellos eran, no peleaban, sino ciertos bellacos Otomies, que andaban por alli desmandados, que no reconocian Superior, por ser de vnas Bebetrias, que estaban detrás de las Sierras, que mostraban con el dedo.

CAP. XLVIII. Como Cortès cortò las Manos à cinquenta Espias; i se desbiço el Campo Indio.

AL siguiente Dia tràs los presentes, como à Dioses, que fue el festo, de Septiembre, vinieron al Real hasta cinquenta Indios de los de Tlaxcallan, honrados, segun su manera, i dieron à Cortès mucho Pan, Cereças i Gallipabos, que traian de Comida ordinaria, i preguntaronle, como estaban los Españoles, i que querian hacer, è si havian menester alguna cosa; i tràs esto anduvieron por el Real, mirando los Vestidos, i Armas de España, i los Caballos, i Artilleria, i hacian de los bobos, i maravillados, aunque à la verdad tambien se maravillaban de veras; pero todo su motivo era andar espiondo. Entonces llegó à Cortès Teuch de Cempoallan, hombre experto, icriado de Niño en la guerra, i dixole, que no le parecian bien aquellos Tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas, i salidas, è lo flaco, è fuerte del Real, por eso, que supiese si eran Espias aquellos bellacos. Cortès le agradeciò el buen aviso, i se maravillò como èl, ni Español ninguno no havian dado de aquello en tantos Dias, que entraban, i salian Indios de los Enemigos en su Real, con comida, i havia caido en ello aquel Cempoallanès, i no fue por ser aquel Indio mas agu-

do, i sabio, que los Españoles, sino porque viò, i oïò à los otros, como andaban, i hablaban con los de Iztacmixtiltan, para sacar de ellos por puntillos, lo que querian saber: ali que Cortès conociò, como no venian por hacerle bien, sino à espïar, i luego mandò tomar al que mas à mano, i apartado estava de la Compañia, i meterle secretamente, donde no los viesen, è alli lo examinò con Marina, i Aguilar: el qual à la hora confesò, como era Espïon, i que venia à ver, i notar los pasos, i cabos, por dà mejor le pudiesen dañar, i ofender, i quemar aquellas sus Choçuelas; i que por quanto ellos bavian probado la fortuna, à todas las horas del Dia, i no les sucedia nada à su proposito, ni à la fama, i antigua gloria, que de Guerreros tenian, acordaban venir de noche, i quiza tenian mejor ventura; i aun tambien porque no temiesen los suyos de noche, è con la escuridad, à los Caballos, ni las cubilladas, è esvagos de los tiros de fuego; i que Xicotencatl, su Capitan General, estava ia para tal efecto, con muchos millares de Soldados, detrás de ciertos Cerros, en vn Valle frontero, è cerca del Real. Como Cortès viò la confesion de este, hiço luego tomar otros quatro, è cinco, cada vno à parte, i confesaron asimismo como ellos, i todos los que en su Compañia venian, eran Espias, i dijeron lo mesmo que el primero, casi por los mismos terminos: ali que por los dichos de estos, los prendió à todos cinquenta, i ali luego les hiço cortar à todos las manos, è embiòlos à su Exercito, amenazando, que otro tanto haria con todos los Españoles, que tomase; i que dijessen à quien los embió, que de Dia, è de Noche, è cada, è quando que viniesen verian quien eran los Españoles: Grandísimo pavor tomaron los Indios, de ver cortadas las manos à sus Espias, cosa nueva para ellos, i creian, que tenian los nuestros algun Familiar, que les decia lo que ellos tenian allà en su pensamiento; i asi se fueron todos, cada vno por dà mejor pudo, i porque no les cortasen las suias, i alejaron las Virtualas, que traian para la Hueste, porque no se aprovechasen de ellas los adverte- rios.

CAP. XLIX. La Embajada, que Motecçuma embió à Cortès; i los reencuentros, è escaramuças, que succedieron.

EN iendose las Espias, vieron de nuestro Real, como atravesaba por vn Cerro, grandísima muchedumbre de Gente, i era la que traia Xicotencati, i como era ia casi noche, determinò Cortès salir à ellos, i no aguardarlos que llegasen, porque del primer impetu, no pegasen fuego, como tenian pensado, à las Choças; cà si lo hicieran pudiera ser, no escapar Español del fuego, è manos de los Enemigos, i aun tambien porque temiesen mas las heridas viendolas, que sintiendolas solamente: asi que luego pufo casi toda su Gente en orden, i mandò, que hechasen à los Caballos Pretales de Calcaveles, i fuele àcia dò havian visto pasar los Enemigos, mas ellos no osaron esperalle, con haver visto cortadas las manos de los suyos, i con el nuevo ruido de los Calcaveles: los nuestros los figuieron dos horas de noche, por entre muchas sembraduras de Centli, i mataron hartos en el alcance, i bolvieronse à su Real mui vitoriosos. A esta saçon eran venidos al Real, seis Señores Mexicanos, Personas mui Principales, con hasta doscientos Hombres de servicio, à traer à Cortès vn Presente, en que havia mil Ropas de Algodon, algunas Pieças de Pluma, i mil Castellanos de Oro, i à decirle de parte de Motecçuma, como el queria ser Amigo del Emperador, è suio, è de los Españoles, i que viesse quanto queria de Tributo, cada vn Año, en Oro, Plata, Perlas, Piedras, è Esclavos, è Ropa, è cosas de las que en sus Reinos havia, è que lo daria sin falta, è pagaria siempre: con tanto, que aquellos, que alli estaban con èl, no fusen à Mexico, i que esto era, no tanto porque no entrasen en su Tierra, quanto porque ella era mui esteril, i fragaça, è le pesaria, que Hombres tan valientes, è honrados, padeciesen trabajo, è necesidad en su Señoria, è que èl no lo pudiese remediar. Cortès les agradeciò su venida, i el ofrecimiento para el Emperador, i Rei de Castilla, i con ruegos los detuvo, que no se partiesen, hasta ver el fin de aquella Guerra, para que llevasen à Mexi-

co la nueva de la victoria, i matança, que él, i sus Compañeros, harían de aquellos mortales Enemigos, de su Señor Motecuma. Luego tuvo Cortés vnas calenturas, por las quales no salían a correr el Campo, ni hacer talas, quemas, i otros daños a los Enemigos, solamente proveía, que guardasen su Fuerte de algunos montones, i tropes de Indios, que llegaban a gritar, i a escaramugar, que tan ordinario era como las Cereças, i comida, que cada Día traían, escufandose siempre, *que los de Tlaxcallan no los daban enojo, sino ciertos Vellacos Otomies, que no querían hacer lo que les rogaban ellos, pero ni las escaramuças, ni la furia de los Indios era tanta como al principio.* Quiso Cortés purgarle con vna Maça de Pildoras, que sacó de Cuba, partió cinco pedaços, i tragólos a la hora, que de noche se suelen tomar, i acasó que luego el otro Día, antes que obrase, vinieron tres mui grandes Esquadrones a dar en el Real, o porque sabían como estaba malo, o pensando, que de miedo no havian osado salir aquellos Dias. Dijeronlo a Cortés, i él sin mirar que estaba purgado, cavalgó, i salió con los suyos al encuentro, i peleó con los Enemigos todo el Día, hasta la Tarde. Retrujolos vn grandísimo trecho, i tornóse al Real; i al otro Día purgó, como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, i que Cortés era mui sufridor de trabajos, i males, i siempre el primero, que se hallaba a los encuentros con los Enemigos, i no solamente era, que raro acontece, buen Hombre por las manos, pero aun tenía gran consejo en lo que hacía. Aviendo, pues, purgado, i descansado aquellos Dias, veíaba de noche el tiempo, que le cabía, como qualquier Compañero, i como siempre acostumbra, i no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban.

CAP. L. Como ganó Cortés a Cimpacingo, Ciudad mui grande, i descubrió a Tlaxcallan.

SUBIÓ Cortés vna Noche encima de la Torre, i mirando a vna parte, i a otra, vió a quatro Leguas de

alli, cabe vnos Peñascos de la Sierra, i entre vn Monte, cantidad de humos, i creió estar mucha Gente por alli. No dió pie a nadie, mando que le siguiesen docientos Españoles, i algunos Amigos Indios, i los demás que guardasen el Real, i a tres, o quatro horas de la Noche caminó a la Sierra a tino, que hacía mui escuro. No hubo andado vna Legua, quando dió de subito en los Caballos vna manera de Toroçon, que los derribaba en el suelo, sin que se pudiesen menear. Como caió el primero, i se lo dijese, respondió, *que buelvasse su Dueño con él al Real:* caió luego otro, i dijo lo mismo: como cayeron tres, o quatro, començaron los Compañeros a temer, i dijeronle, *que mirase, que era mala señal aquella, i que era mejor, que se bolviesen, o esperar, que amanciesse para ver a ad, o por ad iban.* El deciales, *que no mirasen en agujeros, i que Dios, cuia causa trataban, era sobre natura, i que no dexaria aquella jornada, ca se le figuraba, que de ella se les havia de seguir mucho bien aquella Noche, i que era el Diablo, que por lo estorvar ponía delante aquellos inconvenientes, i diciendo esto se caió el suelo.* Entonces hicieron alto, i consultaronlo mejor, i fue, *que tornasen aquellos Caballos caídos al Real, i que los demás llevasen de destre, i proguiesen su camino.* Presto estuvieron buenos los Caballos, mas no se supo de qué caieron, anduvieron, pues, hasta perder el tino, de las Peñas, dieron en vnos Pedregales, i Barrancos, que aina nunca falleran de alli. Al cabo, despues de haver pasado mal rato, con los cabellos erizados de miedo, vieron vna lumbrecilla, fueron a tienta a ella, i estaba en vna Casa, do hallaron dos Mujeres, las quales, i otros dos Hombres, que acasó toparon, luego los guiaron, i llevaron a las Peñas, donde havian visto los humos, i antes que amanciesse dieron en vnos Lugarços, mataron mucha Gente, pero no los quemaron, por no ser sentidos con el fuego, i por no detenerse, que le decían como estaban allí junto grandes poblaciones. De alli entró luego en Cimpacineo, vn Lugar de veinte mil Casas, segun despues pareció, por la visitación, que de ellas hizo Cortés, i como estaban descuidados de cosas semejante, i los tomaron de sobrefalto, i antes que se levantasen, salían en carnes por las Calles, a ver que eran tan grandes llantos: murieron muchos de ellos al principio, mas porque no hacían

hacían resistencia, mandó Cortés, que no los matasen, ni tomasen Mujeres, ni Ropa ninguna: era tanto el miedo de los Vecinos, que huían a mas no poder, sin curar el Padre del Hijo, ni el Murdo de la Muger, ni Casa, ni Hacienda: hicieronles señas de paz, i que no huiesen, i dijeronles, que no temiesen, i así cesó la hujía, i el mal: salido ya el Sol, i pacificado el Pueblo, se puso Cortés en vn alto, a descubrir Tierra, i vió vna grandísima Población, que preguntando cuia era, le dijeron, que de Tlaxcallan, con sus Aldeas. Llamó entonces a los Españoles, i dixo: *ved, qué biciera al caso, matar los de aquí, baviendo tantos Enemigos allí: i con esto, sin heer otro daño en el Pueblo, se salió fuera, a vna Gentil Fuente, que tenía, i allí vinieron los Principales, i que gobernaban el Pueblo, i otros mas de quatro mil, sin Armas, i con mucha comida: rogaron a Cortés, que no les biciese mas mal, i que le agradecian el poco, que havia hecho, i que querían servirle, obedecerle, i ser sus Amigos, i no solamente guardar de allí adelante mui bien su amistad, mas trabajar tambien con los Señores de Tlaxcallan, i con otros, que biciesen otro tanto:* El les dijo, *como era cierto, que ellos havian peleado con él muchas veces, aunque entonces le traían de comer; pero que los perdónaba, i recibía en su amistad, i al servicio del Emperador.* Con tanto los dejó, i se bolvió a su Real mui alegre, con tan buen suceso, de tan mal principio, como fue los de los Caballos, diciendo: *No digais mal del Día, hasta que sea pasado:* i llevando vna cierta confianza, que aquellos de Cimpacincinco, hurían con los de Tlaxcallan, que dejasen las Armas, i fuesen sus Amigos; i por eso mandó, que de alli en adelante, nadie hiciese mal, ni enojo, a Indio ninguno, i aun dijo a los suyos, *que sería con ayuda de Dios, que havian acabado aquel Día la Guerra de aquella Provincia.*

CAP. LI. El deseo, que algunos Españoles tenían de dexar la guerra; i las causas que a ello les movía.

QUANDO Cortés llegó al Real tan alegre, como dije, halló a sus Compañeros algo desfavoridos, o

por lo de los Caballos, que les cambiara, pensando no le huviese acontecido algun desastre; pero como lo vieron venir bueno, i vitoriofo, no cabían de placer: bien sea verdad, que muchos de la Compañía andaban muftios, i de mala gana, i que dexaban bolverse a la Colla, como ia se lo tenían rogado algunos muchas, i muchas veces; pero mucho mas quisieron de alli, viendo tan gran Tierra, mui poblada, i toda con muchas Armas, i animo de no consentirlos en ella, i hallandose tan pocos, tan dentro en ella, tan sin esperança de fcorro, cosas ciertamente para temer qualquiera, i por eso platicaban algunos entre ellos mismos, que sería bueno, i necesario hablar a Cortés, i aun requerirle, *que no pasase mas adelante, sino que se tornase a la Vera-Cruz, de donde poco a poco se ternia inteligencia con los Indios, i bavian segun el tiempo dijese, i podría llamar, i recoger mas Españoles, i Caballos, que eran los que hacían la Guerra.* No curaba mucho de ello Cortés, aunque algunos se lo decían en secreto, para que proveyese, i remediasse aquello que pasaba, hasta que vna Noche, saliendo de la Torre donde posaba, a requerir las Velas, oíd hablar recio en vna de las Choças, que al rededor estaban, i pufose a escuchar lo que hablaban, i era, que ciertos Compañeros decían, *si el Capitan quiere ser loco, i irse donde lo maten, vaíase solo, no le seguimos:* Entonces llamó a dos Amigos suyos, como por Testigos, i dijoles, *que mirasen lo que estaban aquellos hablando, que quien lo oía decir, lo oía hacer; i así mismo oíd decir a otros por los Corrales, i Corrillos, que havia de ser lo de Pedro Carbonero, que por entrar a Tierra de Moros, a hacer saltó, se havia quedado allí muerto, con todos los que con él fueron: por eso, que no le siguiesen, sino que bolviesen con tiempo: mucho sentía Cortés oír estas cosas, i quisiera reprehender, i aun castigar, a los que las trataban, pero viendo, que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, i hablóles a todos juntos, de la manera siguiente.*



(†)

**CAP. LII. Oracion de Cortès
à los Soldados, para asose-
garlos, i proseguir la
guerra.**

S Señores, i Amigos, Yo os escogí por mis Compañeros, i Vosotros à mi por vuestro Capitan, i todo para en servicio de Dios, i acrecentamiento de su Santa Fe, i para servir tambien à nuestro Rei, i aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como havies visto, no os he saltado, ni enojado, ni por cierto vosotros à mi, basta aqui. Mas, empero, agora siento flaqueza en algunos, i poca gana de acabar la guerra, que traemos entre manos, i si à Dios place, acabada es ya; de lo menos entendido hasta do llega el día, que nos puede hacer. El bien que de ella conseguiremos, en parte lo havies visto, aunque lo que tenéis de ver, i haver, es sin comparacion mucho mas, i excede su grandeza à nuestro pensamiento, i palabra. No temais, Compañeros, de ir, i estar conmigo, pues ni Españoles jamás temieron en estas nuevas Tierras, que por su propia virtud, esfuerzo, i industria, han conquistado, i descurbierto, ni tal concepto de vosotros tengo: Nunca Dios quiera, que ni Yo pierda, ni nadie diga, que miedo caiga en mis Españoles, ni desobediencia à su Capitan. No ai bolver la cara al Enemigo, que no parezca buida. No ai buida, ò si la queréis colorar, retirada, que no cause à quien la hace infinitos males: Perqueça, hambre, perdida de Amigos, de hacienda, i Armas, i la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta Tierra, esta Guerra, este camino comenzado, i nos tornamos, como alguno desea, hemos por ventura de estar jugando, ociosos, i perdidos? No por cierto. Direis, que nuestra Nacion Española no es de esa condicion quando ai guerra, i va la honra. Pensais, quizá, que havéis de hallar en otra parte menos Gente, peor armada, no tan lejos de Mar; Yo os certifico, que andais buscando cinco pies al gato, i que no vamos à cabo ninguno, que no bailenos tres Leguas de mal camino, como dicen, por mucho que este que llevamos, porque, à Dios gracias, nunca despues que esta Tierra entramos nos ha faltado el comer, ni Amigos, ni dineros, ni honra, que ya veis, que os tienen por mas que Hombres los de aqui por inmortales, i aun por Dioses, si decirse puede; pues siendo tan

tos, que ellos mesmos no se pueden contar, i tan armados como vosotros deis, no han podido matar siquiera uno de nosotros: i en quanto à las Armas, que maior bien queréis de ellas que no traer tierra, como los de Cartagena, Peragua, los Caribes, i otros, que han muerto con ella muy muchos Españoles rabiando. Pues aun por solo esto no debierades buscar otros con quien guerrear. La Mar aparte està, Yo la confieso, i ningun Español, basta nosotros, se alejó de ella tanto en Indias, porque la dejamos atrás cinquenta Leguas. Pero tampoco ninguno ha hecho, ni merecido tanto como nosotros, hasta Mexico, donde reside Motecuma, de quien tantas riqueças, i mensajerías havéis oido, no ai mas de veinte Leguas: lo mas andado està, como veis, para llegar à ella, si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no solo ganaremos para nuestro Emperador, i Rei natural, y rica Tierra, grandes Reinos, infinitos Vasallos; mas aun tambien para nosotros proprias muchas riqueças, Oro, Plata, Piedras, Perlas, otras haberes, i sin esto la maior honra, i prez, que basta nuestros tiempos, no digo nuestra Nacion, mas ninguna otra gano; porque quanto maior Rei es este, más que andamos, quanto mas ancha Tierra, quanto mas Enemigos, tanto es maior la gloria nuestra. Alende somos obligados à ensalçar, i ensanchar nuestra Santa Fe Católica, como comenzamos, i como buenos Christianos, desfarraigando la Idolatria, blasfemia tan grande de nuestro Dios: quitando los Sacrificios, i comida de Carne de Hombres, tan contra natura, i tan usada, escusando otros pecados, que por su torpeçad no los nombro. Así que, pues, ni temais, ni dudeis de la victoria, que lo mas està hecho ya. Vencisteis los de Tabasco, i ciento i cinquenta mil, el otro dia, de aquellos de Tlaxcallan, que tienen fama de Desfarrilla Leones, vencereis tambien, con ayuda de Dios, i con vuestro esfuerzo, los que de esos mas quedan, que no pueden ser muchos, i los de Culhua, que no son mayores, sino desmaiats, i si me seguís. Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortès. Los que flaqueaban, esforçaron; los esforçados cobraron doblado animo; los que algun mal le querian, comenzaron à honrarlo: i en conclusion, èl fue de allí en adelante muy amado de todos aquellos Españoles de su Compañia. No fue poco necesario tantas palabras en este caso, porque segun algunos andaban ganosos de dar la buelta, moverian en Gomotin, que le forçara tornar à la Mar,

i fuera tanto como nada, quanto havian hecho hasta entonces.

**CAP. LIII. Como vino Xicotencatl por Embajador de Tlaxcallan, al Real de Cortès,
con paz, i amistad.**

NO havian bien acabado de despartirse, platicando sobre lo arriba tratado, que entrò por el Real Xicotencatl, Capitan General de aquella Guerra, con cinquenta Personas Principales, i honrados, que le acompañaban. Llegò à Cortès, i saludaronle, cada uno à fuer de su Tierra, i fenecido le dijo, como venia de su parte, i de la de Maxicxa, que es el otro Señor mas Principal de toda aquella Provincia, i de otros muchos, que nombro, i en fin por toda Republica de Tlaxcallan, à rogarle los admitiese à su amistad, i à darse à su Rei, i à que les perdonase por haver tomado Armas, i peleado contra èl, i sus Compañeros, no sabiendo quien fuesen, ni que buscasen en sus Tierras; i como si le havian defendido la entrada, era como à Estrangeros, i Hombres de otra faccion muy diferente de la suya, i tal, que jamás vieron su igual, i temiendo no fuesen de Motecuma, antiguo, i perpetuo Enemigo suyo, pues venian con èl sus Criados, i Vasallos, ò fuesen Personas, que quisiesen enojarlos, i usurparles su libertad, que de tiempo immemorial tenian, i guardaban; i que por conservarla, como havian hecho todos sus antepasados, tenian derramada mucha sangre, perdida mucha Gente, i Hacienda, i padecido mucha pobreza, i desventuras; en especial desnudez, porque como aquella su Tierra era fria, no llevaban Algodon, i así les era forçado andarse como nacieron, ò vestir de hojas de Meli, i asimesmo no comian Sal, cosa sin la qual ningun Manjar tiene gusto, ni buen sabor, como allí no se hacia, i que de estas cosas, Sal, i Algodon, tan necesarias à la vida humana, carecian, i las tenia Motecuma, i otros Enemigos suyos, de que estaban cercados, i como no alcançaban Oro, ni Piedras, ni las otras cosas preciadas, ò que trocarlas, tenian necesidad muchas veces de venderse para comprarlas, las quales faltas no terminan, si quisiesen ser sujetos, i Vasallos de Motecuma; pero que antes moririan todos, que cometer tal des-

honra, i maldad, pues eran tan buenos, para defenderse de su poderio, como havian sido sus Padres, i Abuelos, defendiendose del suyo, i de su Abuelo, que fueron tan grandes Señores como èl, i los que juzgaron, i tiranizaron toda la Tierra, i que tambien agora quisieran defenderse de los Españoles, mas que no podian, aunque havian probado, i echado todas sus fuerzas, i Gente, así de noche, como de dia, i hallabanlos fuertes, i invencibles, i ninguna dicha contra ellos: por tanto, pues, que su suerte era tal, querian antes estar sujetos à ellos, que à otro ninguno, porque segun les decian los de Cempoallan, eran buenos, poderosos, i no venian à mal hacer, i segun ellos havian nacido en la Guerra, i Batallas, eran valentísimos, i venturosos; por las quales dos razones confababan de ellos, que su libertad seria menos quebrada, sus Personas, sus Mujeres mas miradas, i no destruidas sus Casas, ni Labranças; i si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo de todo le rogò mucho, i aun con los ojos arrasados, que mirase como nunca jamás Tlaxcallan reconociese Rei, ni nuevo Señor, ni entrò Hombre nacido en ella, à mandar sino el que le llamaban, i rogaban. No se podia decir quanto se holgò Cortès con tal Embajador, i embajada; porque allende de tanta honra, como venirà su Tienda tan gran Capitan, i Señor à humillarse, era grandísimo negocio para su demanda tener amiga, i sujeta aquella Ciudad, i Provincia, i haver acabado la Guerra, à mucho contentamiento de los suyos, i con gran fama, i reputacion para con los Indios. Así que le respondió alegre, i graciosamente, aunque cargandole la culpa del daño, que havia recibido su Tierra, i Exercito, por no lo querer escuchar, ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba, i requería con los Mensajeros de Cempoallan, que embió de Çaclotan, pero que èl les perdonaba dos Caballos, que le mataron, el saltar que hicieron, las mentiras, que le dijeron, peleando ellos, i echando la culpa à otros, el averle llamado à su Pueblo, para matarle en el camino sobre seguro, i en celada, i no desafiandole primero de valientes Hombres como eran: recibió el ofrecimiento, que le hizo al servicio, i sujecion del Emperador, i despidióle con que presto seria con èl en Tlaxcallan, i que no iba luego por amor de aquellos Criados de Motecuma.

CAP. LIIII. *El Recibimiento, i Servicio, que hicieron en Tlaxcallàn à los nuestros, i los avisos, que allí tuvieron.*

MUcho pesò, en grande manera à los Embaxadores Mexicanos la venida de Xicotencatl al Real de los Españoles, i el ofrecimiento, que à Cortès hizo para su Rei, de las Personas, Pueblos, i hacienda, i dijeronle, que no creiese nada de aquello, ni confiasse en palabras, que todo era fingido, mentira, i traicion, para cogerlo en la Ciudad à puerta cerrada, i à su salvo. Cortès les decia, que aunque todo aquello fuese verdad, derribaba ir allá, porque menos los temia en poblado, que en el Campo. Ellos, como vieron esta respuesta, i determinacion, rogaronle que diese licencia à uno de ellos para ir à Mexico à decir à Motecuma lo que pasaba, i la respuesta de su principal recado, que dentro de seis dias tornaria sin falta ninguna, i que en este medio no se partièse del Real. El se la diò, i esperò allí à ver que traeria de nuevo, i porque à la verdad no se oïaba fiar de aquellos, sin maior certitud. En este medio tiempo iban, i venian al Real muchos de Tlaxcallàn, vnos con Gallipabos, otros con Pan, qual con Çereça, qual con Axi, i todos lo daban de valde, i con alegre semblante, rogando, que se fuesen con ellos à sus Casas. Vno, pues, el Mexicano como prometió al sexto Dia, i traxo à Cortès diez piegas, i joyas de Oro mui bien labradas, i ricas, i mil i quinientas Ropas de Algodon, hechas à mil maravillas, è mui mejores que las otras mil primeras, i rogole mui ahincadamente de parte de Motecuma, que no se pusiese en aquel peligro, confiandose de aquellos de Tlaxcallàn, que eran pobres, i le robarian lo que èl le havia embiado, i le matarian por solo saber que trataban con èl. Vinieron asimismo todas las Cabeças, i Señores de Tlaxcallàn à rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos à la Ciudad, donde seria servido, proveido, i aposentado, ca era verguença suya, que tales Personas estuviesen en tan ruines Cboças, i que sino se fiaba de ellos, que viesse qual queria otra seguridad, ò rebenes, i darselas ià, pero que lo prometian, i juraban, que podia ir, i es-

tàr segurissimamente en su Pueblo; porquena quebrantarian su juramento, ni faltarian la fe de la Republica, ni la palabra de tantos Señores, Capitanes, por todo el Mundo. Así que viendo Cortès tanta voluntad en aquellos Caballeros, i nuevos Amigos, i que los de Cempoallàn, de quien tenia mui buen credito, le importunaban, i aseguraban, que fuese, hiço cargar su fardage à los bastages, i llevar la Artilleria, i partiòse para Tlaxcallàn, que estataba à seis Leguas, con tanta orden, i recado, como para vna Batalla; dexò en la Torre, i Real, donde havia vencido, Cruces, i Mojones de Piedra. Salio tanta Gente à recibirle al camino, i por las Calles, que no cabian de pies. Entrò en Tlaxcallàn à diez i ocho de Septiembre, aposentòse en el Templo Maior, que tenia muchos, i buenos Aposentos para todos los Españoles, i puso en otros à los Indios Amigos, que iban con èl: puso tambien ciertos limites, i señales para hasta do saliesen los de su Compañia, i no pasasen de allí, so graves penas; i mandò, que no tomasen sino lo que les diesen; lo qual mui bien cumplieron, porque aun para ir à vn Arroio, tiro de piedra del Templo, le pedian licencia. Mil placeres hacian aquellos Señores à los Españoles, i mucha cortesia à Cortès, i les proveian de quanto menester havian para su comida, i muchos le dijeron sus hijas, en señal de verdadera amistad, i porque naciesen hombres esfordados de tan valientes Varones, i les quedase casta para la Guerra, ò quiza se las daban por ser su costumbre, ò por complacellos: pareciòles bien à los nuestros aquel Lugar, i la conversacion de la Gente, i holgaronse veinte Dias, en los quales procuraron saber particularidades de la Republica, i secretos de la Tierra, i tomaron la mejor informacion, i noticia que pudieron del hecho de Motecuma.

CAP. LV. *Del Sitio, costumbres, i Religion de Tlaxcallàn.*

TLAXCALLÀN, quiere decir Pan Coçido, ò cosa de Pan, cà se come allí mas Centli, que por los alrededores De la Ciudad se nombra la Provincia, ò al reves. Dicen que primero se nombrò Tlaxcallàn, que quie-

re decir Casa de Barranco: es grandissimo Pueblo, està orillas de vn Rio, que nace en Atlancatepec, i que riega mucha parte de aquella Provincia, i delcuyas entra en el Mar del Sur, por Çacatullan: tiene quatro Barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tlaxatlàn, Quiyahuiztlan: el primero està en vn Cerco alto, i lejos del Rio de media Legua, i porque està en Sierra se dice Tepeticpac, que es Somo Sierra; el qual fue la primera poblacion, que allí huvo, i fue en alto; à causa de las Guerras: el otro està aquella Ladera abajo hasta el Rio, i porque allí havia Pinos, quando se poblò lo llamaron Ocotelulco, que es Pinar: era la mejor, i mas poblada parte de la Ciudad, en donde estava la Plaça Maior, en que hacian su Mercado, que llaman Tianquiztli, i dò tiene sus Casas Maxixcacin: el Rio arriba en lo llano, està otra Puebla, que dicen Tlaxatlàn, por haver allí mucho Yelo, en la qual residia Xicotencatl, Capitan General de la Republica: el otro Barrio està tambien en llano, mas Rio abajo, que por ser Aguacal, se dijo Quiyahuiztlan. Despues que Españoles la tienen, se ha desbuelto casi toda, i hecho de nuevo, i con mui mejores Calles, i Casas de Piedra, i en llano, à par del Rio, es Republica, como Venecia, que gobiernan los Nobles, i ricos, mas no ai vno solo que mande, porque huyen de ello como de tirania. En la Guerra ai, segun arriba dije, quatro Capitanes, ò Coronels, vno por cada Barrio de aquellos quatro, de los quales facan el General: otros Señores ai, que tambien son Capitanes, pero de menor quantia: en la Guerra el Pendon và detras; acabada la Batalla, ò alcance, hincanle donde todos le vean: al que no se recoge, penanle: tienen dos Saetas, como Reliquias de los primeros Fundadores que llevan à la Guerra dos Principales Capitanes, valientes Soldados, en las quales agueran la victoria, ò la pérdida; cà tiran vna de ellas à los Enemigos que primero topan; si mata, ò fiere, es señal que venceràn, i sino, que perderàn; así lo decian ellos, i por ninguna manera dejan de cobrarla: tiene esta Provincia veinte i ocho Lugares, en que ai cinquenta mil Vecinos: son bien dispuestos, mui guerreros, que no tienen par: son pobres, que no tienen otra riqueza, ni granjeria, sino Centli, que es Pan, del qual allende de

lo que comen, facan para Vestidos, i Tributos, i para las otras necesidades de la vida: tienen muchos cabos para Mercados, pero el maior, i que muchas veces en semana se hace, i en la Plaça de Ocotelulco es tal, que se llegan en èl treinta mil Personas, i mas, en vn Dia, à vender, i comprar, ò por mejor decir, à trocar, que no saben, qué cosa es Moneda, batida de Metal ninguno: vendese en èl, como acá lo que han menester para vestir, i calçar, comer, i fabricar: ai toda manera de buena Policia en èl, porque ai Plateiros, Plumajeros, Barberos, i Baños, i Olleros, que hacen Vasos mui buenos, i es tan buena Loça, i Barro, como la ai en España. Es la Tierra mui grãsa para Pan, para Frutas, i de Pastos, cà en los Pinares nace tanta, i tal Ierva, que los nuestros apacientan en ellos su Ganado, i ervajan sus Ovejas, lo que acá no pueden. A dos Leguas de la Ciudad està vna Sierra redonda, que tiene de subida otras dos, i de cerco quince; fuele quajar en ella la Nieve, llamase agora de S. Bar tolmè, i antes de Motlacueye, que era su Dios del Agua, tambien tenian Dios del Vino, que llaman Ocotochtili, por sus muchas borracheras à su vsança. El Idolo maior, i Dios Principal fuio, es Camaxtle, ò por otro nombre Mixcovathl, cuyo Templo estava en el Barrio Ocotelulco, en el qual sacrificaban. Año havia ochenta Hombres: hablan en Tlaxcallàn tres Lenguas, Nahuatl, que es la cortesana, i la maior de toda Tierra de Mexico; la otra es de Otomix, està mas se vsa fuera, que dentro la Ciudad. Un solo Barrio ai que habla Pinoxmex, i es grotera: havia Carcel Publica, donde estaban los malhechores, con prisiones, castigaban lo que tenían por pecado: avino entonces, que vn Vecino hurtò à vn Español vn poco de Oro, Cortès lo dixo à Maxixca, el qual hiço su informacion, i persiguia con tanta diligencia, que le fueron à hallar à Chololla, que es otra Ciudad cinco Leguas de allí, i le trajeron preso, i lo entregaron con el mesmo Oro, para que Cortès hiciese justicia de èl, como en España, pero èl no quiso, sino agradecerle la diligencia, i ellos con pregon publico, que manifestaba su delito, le pasaron por ciertas Calles, i en el Mercado, en vno como Teatro, lo descocotaron con vna Porra, de que no poco se maravillaron los Españoles.

CAP. LVI. La Respuesta que dieron à Cortès los de Tlaxcalla, jòbre dexar sus Idolos.

VIENDO, pues, que guardaban justicia, i vivian en Religion, aunque Diabolica, siempre que Cortès les hablaba, les predicaba con los Parautes, rogandoles, que dexasen los Idolos, i aquella cruel vanidad, que tenian matando, i comiendo Hombres sacrificados: pues ninguno de todos ellos, queria ser muerto así, ni comido, por mas Religioso, ni Santo que fuese, i que tomasesen, i creyesen el verdadero Dios de Christianos, que los Españoles adoraban, que era el Criador del Cielo, i de la Tierra, i el que llovía, i criaba todas las cosas, que la Tierra produce, para solo uso, i provecho de los mortales. Unos les respondian, que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que tenian ser apedreados del Pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos, i sus Antepasados, tantos siglos havian creído, i seria condenarlos à todos, i à sí mismos. Otros, que juntaban docientos, i trecientos mil Hombrés, para una Batalla, i si quisiesen, juntaria doblados, i que de esto eran buenos testigos, por haver muchas veces peleado con ellos. Engrandecian tanto las cosas de Motecçuma, especialmente Maxicatin, que deseaba, que no se metiesen en peligro, entre los de Culhua, que no acababan, i que muchos Españoles se pechaban mal. Cortès les dijo, que estaba determinado con todo aquello, que oia de llegar à Mexico, à ver à Motecçuma; por tanto, que viesen lo que mandaban, que negociase con él de su parte, i provecho, que lo haria como les era en obligacion, porque tenia por cierto, que Motecçuma haria por él, lo que le rogase. Ellos rogaron por licencia, para sacar Algodon, i Sal, que havia que no la comian à derechas aquellos Años, que las Guerras duraban, sino era alguno, que la compraba à escondidas, ò de algunos Vecinos Amigos, à peso de Oro; porque Motecçuma mataba al que la vendia, i sacaba fuera de sus Reinos, para se la vender à ellos. Preguntando, que fuese la causa de aquellas Guerras, i su causa, que Motecçuma les hacia, dijeron, que enemistades viejas, i amor de libertad, i efencion. Mas segun los Embajadores afirman, i à lo que despues Mo-

Maxicà, que no se partia de Cortès, ni se hartaba de de ver, i oir los Españoles.

CAP. LVII. Lo que contaron de la Grandeza de Motecçuma, las razones, i causas de la enemistad, entre Mexicanos, i Tlaxcaltecas; i de como se diò Libixancinco.

CONOCIENDO, pues, quan de buena gana hablaban, i convertian, les preguntaron por Motecçuma, i quan gran rico, i Señor era: ellos lo encarecieron grandemente, i como Hombrés, que lo havian probado, i que legun afirmaban, havia noventa, ò cien Años, que tenian Guerra con él, i con su Padre Axaxà, i con otros sus Tios, i Abuelo, i decian, que el Oro, i Plata, i las otras riquezas, i tesoros, que aquel Rei tenia, eran mas que ellos podian decir, segun todos contaban. El Señorío que tenia, era de toda la Tierra, que ellos sabian. La Gente innumerable, càntaban docientos, i trecientos mil Hombrés, para una Batalla, i si quisiesen, juntaria doblados, i que de esto eran buenos testigos, por haver muchas veces peleado con ellos. Engrandecian tanto las cosas de Motecçuma, especialmente Maxicatin, que deseaba, que no se metiesen en peligro, entre los de Culhua, que no acababan, i que muchos Españoles se pechaban mal. Cortès les dijo, que estaba determinado con todo aquello, que oia de llegar à Mexico, à ver à Motecçuma; por tanto, que viesen lo que mandaban, que negociase con él de su parte, i provecho, que lo haria como les era en obligacion, porque tenia por cierto, que Motecçuma haria por él, lo que le rogase. Ellos rogaron por licencia, para sacar Algodon, i Sal, que havia que no la comian à derechas aquellos Años, que las Guerras duraban, sino era alguno, que la compraba à escondidas, ò de algunos Vecinos Amigos, à peso de Oro; porque Motecçuma mataba al que la vendia, i sacaba fuera de sus Reinos, para se la vender à ellos. Preguntando, que fuese la causa de aquellas Guerras, i su causa, que Motecçuma les hacia, dijeron, que enemistades viejas, i amor de libertad, i efencion. Mas segun los Embajadores afirman, i à lo que despues Mo-

Motecçuma dijo, i otros muchos en Mexico, no era así, sino por otras razones muy diversas, si à no decimos, que cada vno alegaba de su derecho, justificando su partido, i eran las razones, porque los Mancebos Mexicanos, i de Culhua, exercitaban las Personas en la Guerra, allí cerca, sin ir lejos à Panuco, i Tecoatepec, que eran Fronteras muy aparte, i tambien por tener allí siempre Gente, que sacrificar à sus Dioses, tomada en Guerra; i así para hacer fiesta, i sacrificio, embiaba luego à Tlaxcallan Exercito, à captivar Hombrés quantos havia menester para aquel Año: que averiguado està, que si Motecçuma quisiera, en vn Dia los sujetara, i matara todos, haciendo la Guerra de veras; pero como no queria sino caçar Hombrés para sus Dioses, i bocas, no embiaba sobre ellos sino pocos, i así algunas veces los vencian los de Tlaxcallan. Gran placer tomaba Cortès, en ver la discordia, las Guerras, i contradiccion tan grande, entre aquellos sus nuevos Amigos, i Motecçuma, que era muy à su proposito, creiendo por aquella via lojuzgar mas à todos, i así trataba con los vnos, i con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. A todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco, que havian sido en la Guerra contra los nuestros iban, i venian à su Ciudad, que afirmo es Republica, à manera de Tlaxcallan, i tan Amiga, i vnida con ella, que son vna misma cosa, para contra Motecçuma, que los tenia oprimos tambien, i para las Carnecerías de sus Templos de Mexico, i dieronle à Cortès, para el servicio, i valallaje del Emperador.

CAP. LVIII. La priesa que dieron los Embajadores de Mexico, que fuese Cortès, à Chololla, i el engaño, que en ello havia, i el solemne recibimiento que allí hicieron à los Españoles.

LOS Embajadores de Motecçuma, dijeron à Cortès, que pues todavia determinaba ir à Mexico, que se fuese por Chololla, cinco Leguas de Tlaxcallan, que eran las de aquella Ciudad Am-

gos fueros, i allí esperaria mejor la resolucion de la voluntad del Señor; si era que entrase en Mexico, ò no: lo qual decian por sacarle de allí, que certísimamente pesaba mucho à Motecçuma, ver la paz, i amistad tan grande, entre Tlaxcaltecas, i Españoles, temiendo que de ella hivia de resurtir, qual que mal golpe, que lo lastimase, i para que lo hiciese, dabanle siempre alguna cosa, que era cevarlo, para ir mas presto allá. Los de Tlaxcallan deshacianle de enojo, viendo que queria ir à Chololla, i diciendolo, que Motecçuma era vn engañador, i tirano, fementido, i Chololla Amiga suya, aunque desleal; i que podria ser que le engasasen, quando allá dentro lo tuviesen, i le hiciesen Guerra, por eso, que lo mirase bien, i que si acordaba de ir, que lo darían cinquenta mil Personas, que le acompañasen. Aquellas Mujeres, que dieron à los Españoles, quando entraron, entendieron vna trama, que se hacia, para matarlos en Chololla, con medio de vno de aquellos quatro Capitanes. Una Hermana del qual lo descubrió à Pedro de Alvarado, que la tenia Cortès, luego habló con aquel Capitan, i con palabras le sacó fuera de su Casa, i le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteracion, ni movimiento, i así no hubo escándalo ninguno, i se atajó la trama. Fue maravilla no rebolverse Tlaxcallan, siendo muerto así aquel tan Principal Caballero en la Republica, pesquisóse la cosa despues, i averiguóse, que era verdad, como havia embiado à Chololla Motecçuma, mas de treinta mil Soldados, i que estaban à dos Leguas en Guarnicion, para el efecto; i que tenian rapiadas las Calles. En las Acoetas, muchas Piedras: el Camino Real, cerrado, i hecho otro de nuevo, con grandes boios, i por él bincados muchos Palos agudos, en que se mancasen los Caballos, i no pudiesen correr, i que los tenian cubiertos de Arena, porque no los viesesen, aunque fuesen à descubrir delante: creído tambien, porque no havian venido, ni embiado los de allí, à verle, ni à ofrecer à nada, como havian hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces à consejo de los de Tlaxcallan, embió à Chololla ciertos Mensajeros, à llamar à los Señores, i Capitanes, mas no vinieron, sino embiaron tres, ò quatro, à escusarse por estar enfermos, i à ver lo que queria. Los de Tlaxcallan dijeron, como aquellos eran hombres de poca suerte, i tal como parecian ellos, i que no se partiese sin que

primero viniesen allí los Capitanes. Torno a embiar los mesmos Mensajeros, con Mandamiento por escrito, que sino venian dentro de tercero dia, que los tenia por Rebelles, i Enemigos, i como à tales castigaria rigurosamente. A otro Dia vinieron muchos Señores, i Capitanes de Chololla a disculparle, por ser los de Tlaxcallan sus Enemigos, i no poder estar seguros en su Pueblo, i porque fubian el mal, que de ellos le havian dicho; pero que no los creyese, que eran vnos falsos, i crueles, i que se fuesen con ellos a su Lugar, i veria quan burla era todo lo que les decian aquellos, i ellos quan buenos, i leales: i tras esto, dieronle para servirle, i contribuir como subditos, i todo esto hizo Cortés, que pasase por ante Escrivano, i Interpretes. Despidióse Cortés de los de Tlaxcallan, i oraba Maxicá de verlo ir; salieron con él cien mil Hombres de guerra: fueron tambien con él muchos Mercaderes a rescatar Sal, i Mantas. Mandó Cortés, que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos; no llegó aquel Dia à Chololla, sino quedole en vn Arroio, donde vinieron muchos Personas de la Ciudad à rogarle, con mucha instancia, que no consintiese a los de Tlaxcallan hacerles daño en su Tierra, ni mal en las Personas; i por esto Cortés les hizo volver à sus Casas à todos, sino fueron cinco, ò seis mil, aunque mui contra su voluntad, i avisándole que se guardase de aquella mala Gente, que no era de guerra, sino Mercaderes, i Hombres, que mostraban un corazón, i tenian otro, i que no le quisieran dejar en peligro, pues à se le dieron por Amigos. Otro Dia, por la mañana, llegaron nuestros Españoles à Chololla, salieronlos à recibir en Esquadrones mas de diez mil Ciudadanos, muchos de los quales traian Pan, Aves, Rosas: llegaba cada Esquadron, como venia, à dar à Cortés la norabuena de la venida, i apartabale para que llegase otro. Entrando por la Ciudad salió la demás Gente, saludando à los Españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de Hombres, i de Caballos. Trás estos salieron luego todos los Religiosos, Sacerdotes, i Ministros de los Idolos, que eran muchos, i de ver, vestidos de blanco, sobre pellices, i algunas cerradas por delante, los brazos de fuera, i por orlas madejas de algodón hilado. Unos traian Cornetas, otros huacos, otros Atabales, quien traia do

braderos con fuego, quien Idolos cubiertos, i todos cantando à su manera. Llegaron à Cortés, i à los otros Españoles, echaban cierta Resina, i Copalli, que huele como incienso, i incensabanlos con ello. Con esta pompa, i solemnidad, que por cierto fue grande, les metieron en la Ciudad, i los apotentaron en vna Casa, dō cupieron à place, i ellos dieron aquella Noche à cada vno vn Gallipabo: i à los de Tlaxcallan, Cempoallan, Iztacmixtilan pusieron por su Cabo, i proveyeron.

CAP. LIX. Lo que procuraban los de Mexico de esforvar la ida à Cortés, i como los de Chololla, trataron de matar los Españoles, i fue descubierta la Conjuracion.

Passó la Noche Cortés mui sobre aviso, i à recado, que por el Camino, i en el Pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallan le dixeran, i mas, que aunque la primera Noche le proveyeron Gallina por barva, los otros tres Dias siguientes no les dieron casi nada de comida, i mui pocas veces venian aquellos Capitanes, à ver los Españoles, de que tomaba mala espina. En aquel tiempo le hablaron no sé quantas veces aquellos Embajadores de Motecçuma, para esforvarle la ida à Mexico: vnas veces diciendo, que no fuese allá, que el Gran Señor se moriria de miedo, si le viese; otras, que no havia camino para ir, otras, que à què iba, pues no tenia de què mantenerse, i aun tambien como viesen, que à todo esto les satisfacía con buenas palabras, i razones, hechatonle de manga à los del Pueblo, que le dijiesen, como dō Motecçuma estaba havia Lagartos, Tigres, Leones, i otras mui bravas Fieras, que siempre, que el Señor las soltase, bajaban para despedacar, i comerse los Españoles, que eran pocos; i visto, que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los Capitanes, i Principales de matar los Christianos, è porque lo hiciesen, prometieronles grandes Partidos por Motecçuma, è dieron al Capitan General vn Atambor de Oro, è que traerian los treinta mil Soldados, que à dos Leguas estaban. Los Cholollanos prometieron de matarlos, i entregarlos, pero no con-

sintieron que entrasen aquellos Soldados de Culhúa en su Pueblo, temiendo, que con aquella chaca, que no se alcanen con él, que solian ser mafias de Mexicanos, è dicen, que pensaban de vn tiro matar dos Pajaros; ca tenian creído tomar durmiendo à los Españoles, i quedarle con Chololla. E que sino pudiesen atarlos dentro de la Ciudad, que los llevasen por otro Camino, que no el Real, para Mexico, sobre la mano izquierda, en el qual havia muchos malos pasos, que se hacian en él, por ser Tierra arenisca, i que tenia tal barranco, comido de las Aguas, que era de veinte, i de treinta, i aun de mas estados en hondo, i que alli los atarian, i llevarian atados à Moceçuma. Concluido, pues, el concierto, comienzan de alçar el hato, i sacar fuera à la Sierra los Hijos, i Mugeres: estando à los nuestros para partirse de alli, por el ruin tratamiento, que les hacian, i mal talante, que les mostraban, avino, que vna Muger de vn Principal, que de piadosa, o por parecerle bien aquellos Barbudos, dijo à Marina de Viluta, que se quedase alli con ella, que la queria mucho, i le pesaria, que la matasen con sus Anos. Ella disimuló la mala nueva, i sacóle quien, i como la tramaban. Corrió luego à buscar à Geronimo de Aguilár, è juntos dixeronselo à Cortés: èl no se durmió, sino hizo de presto tomar dos Vecinos, que examinados le confesaron la verdad de lo que pasaba, como aquella Señora dijera: disfrío por esto la partida dos Dias, para enfiar el negocio, i para desviar à los de alli, de aquel mal proposito, ò castigarlos: llamò à los que gobernaban, i dijoles, que no estaba satisfecho de ellos, i rogóles, que ni le mintiesen, ni anduviesen con él en mafias, que le pesaba de ello mucho mas, que si le desafiase para Batalla, porque de Hombres de bien era pelcar, i no mentir. Ellos respondieron, que eran sus Amigos, i Servidores, i que lo serian siempre, i que ni le mentian, ni mentirian, sino que antes les dijese, quando queria partir para irle à servir, i acompañar armados. El les dijo, que otro Dia, i que no queria mas de algunos Esclavos, para llevar el Fardaje, que venian à casados sus Tamemes, i alguna cosa de comer. De esto postero, se sonreian diciendo entre dientes: Para què quieren comer estos, pues presto los tiene de comer à ellos, en Axi coidos; si Motecçuma no se enojase, que los quiere para su Plato, aqui los avrianos comido à

CAP. LX. Como se buvo Cortés, descubierta la Conjuracion, i el castigo que hizo en los de Chololla, por su traicion.

Si que otro Dia de mañana, mui alegres, pensando, que tenian bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, i otros con Hamacas, para llevar los Españoles, como en Andas, criando tomarlos en ellas. Vinieron esto mesmo, cantidad de Hombres armados, de los mui valientes, para matar al que se rebellesse, i los Sacerdotes sacrificaron à su Queçalcovatl, diez Niños, de à tres Años, las cinco Hembras: costumbre que tenian comenzando alguna Guerra. Los Capitanes se pusieron disimuladamente, à las quatro Puestas del Patio, i Apolento de los Españoles, con algunos que traian Armas. Cortés calladamente apercibió de mañanica à los de Tlaxcallan, i Cempoallan, i los otros Amigos: hizo estar à Caballo los suyos, è dijo à los demás Españoles, que menasen las manos, sintiendo vna Escopeta, que les iba la vida en ello, è como vió, que los del Pueblo, se iban llegando, mandó, que llamasen à su Camara los Capitanes, i Señores, que se querria despedir de ellos. Vinieron muchos, pero no dejó entrar, sino hasta treinta, que le pareció, por lo que antes havia visto, ser los Principales, è dixoles, que siempre les havia dicho verdad, i que ellos à él mentira, con aversele rogado, i avisado. E que porque le rogaron, aunque con dañada intencion, que no entrasen los de Tlaxcallan, en su Pueblo, lo hiciera de grado, i aun tambien mandara à los de su Compania, que no les hiciesen mal ninguno, i maguer, que no le havian dado de comer, como raron fuera, no havia consentido, que los suyos les tomasen, ni aun vna Gallina, è que en pago de aquellas buenas obras, tenian concertado de matarle, con todos los suyos, è à que dentro en Casa, no podian, allá fuera en el Camino, à los malos pasos, por dō le querian guiar, ajudando, ò ajudandose de los treinta mil Hombres de las Guarniciones de Motecçuma, que estaban à dos Leguas, pues por esta maldad, dijo,

moriréis todos, i en señal de Traidores se asolará la Ciudad, à no quedar memoria, i pues à lo sabio, no tenían para que negar la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: miravánselos vnos à otros, mas encendidos que las brasas, i decían, este es como nuestros Dioses, que todo lo saben, no ai para que negárselo; i así confesaron luego, que era verdad, delante los Embajadores, que estaban allí. Apartó sin esto quatro, ó cinco por sí, que no los oíesen aquellos Mexicanos, i contaron todo el hecho de la traición desde su principio, i entonces dijo à los Embajadores, como aquellos de Chololla le querían matar, à inducimiento suyo, por parte de Motecucuma, mas que no lo creta, por que Motecucuma era su Amigo, i gran Señor, i los grandes Señores no solían mentir, ni hacer traiciones; i que quería castigar aquellos vellacos traidores, i fementidos, pero que ellos no temiesen, que eran inviolables, como personas publicas, i embiadas de Rei, à quien tenía de servir, i no enojar, i que era tal, i tan bueno, que no mandaría así fea, i infame cosa. Todo esto decía, por no descompadrar con él, hasta verse dentro en Mexico. Mandó matar algunos de aquellos Capitanes, è los demás dejó à todos: hizo desparar la Escopeta, que era la leña, i arremetieron con gran impetu, i enojo, todos los Españoles, i sus Amigos, à los del Pueblo, hicieron como en el Estrecho en que estaban, i en dos horas mataron seis mil, i mas. Mandó Cortés, que no mataren Niños, ni Mujeres. Pelearon cinco horas, porque como estaban armados los del Pueblo, i las Calles con Barreras, tuvieron defensa, quemaron todas las Casas, i Torres, que hacían resistencia: echaron fuera toda la vecindad, quedaron tintos en sangre, no pisaban sino cuerpos muertos. Subieronse à la Torre maior, que tiene ciento i veinte Gradas, hasta veinte Caballeros con muchos Sacerdotes del mismo Templo, los quales con Flechas, i Cantos, hicieron mucho daño; fueron requeridos, i no rendidos, i así se quemaron, con el fuego que les pusieron, quejándose de sus Dioses, quan mal lo hacían, en no ayudarlos, defendiendo su Ciudad, i Santuario. Saqueóse la Ciudad, los nuevros tomaron el despojo de Oro, Plata, i Pluma, i los Indios Amigos, mucha Ropa, i Sal, que era lo que mas deseaban, i destruyeron quanto posible les fue, hasta que Cortés mandó, que cesasen. Aquellos Ca-

pitanes, que presos estaban, viendo la destrucción, i matanza de su Ciudad, Vecinos, i Parientes, rogaron con muchas lagrimas à Cortés, que soltase algunos de ellos, para ver, que havian hecho sus Dioses de la Gente menuda, i que perdonase à los que vivos quedaban, para tornarse à sus Casas, pues no tenían tanta culpa de su daño, quanta Motecucuma, que los sobornó. El soltó dos, i al otro siguiente Día estaba la Ciudad, que no parecía faltara Hombre, i luego à ruegos de los de Tlaxcallan, que tomaron por intercesores, los perdonó à todos, i soltó los presos, i dijo, que otro tal castigo, i daño haría, donde le mostrase mala voluntad, i le mintiesen. De que no pequeño miedo les quedó à todos: hizo Amigos à estos de Chololla, con los de Tlaxcallan, como ià en tiempo pasado solían ser, sino que Motecucuma, i los otros Reies antes de él, los havian enemistado, con dadas, i palabras, i aun por miedo. Los de la Ciudad como era muerto su General, criaron otro de licencia de Cortés.

CAP. LXI. El asiento, población, i costumbres de Chololla, à que era el Santuario de Indios, i de su primer Fundador.

ES Chololla, Republica como Tlaxcallan, i tiene vno, que es Capitan General, ò Governador, que todos eligen. Es Lugar de veinte mil Casas dentro de los Muros, i fuera por los Arrabales de otras tantas; por defuera es de las mas hermosas, que pueden à ser à la vista, mui torreada, porque ai tantos Templos, à lo que dicen, como Dias ai era el Año, i cada vno tiene su Torre, i algunos mas, i así contaron quatrocientas Torres. Hombres, i Mujeres son de Gentil disposición, i gestos, i mui ingeniosos. Ellas grandes Plateras, Entalladoras, i cosas así; ellos mui sueltos, beliciosos, i buenos Maestros de qualquiera cosa: andan mejor vestidos, que los de hasta allí; ca tracen sobre otras Ropas, vnos como Albornoces Moriscos, sino que tienen maneras. El termino, que alcanzan en llano, es grasso, i es de gentiles labranças, que se riegan, i tan lleno de Gente, que no ai vn palmo vacío, à cuja causa, ai Pobres,

bres, que piden por las Puertas, que no lo havian visto hasta entonces por aquella Tierra. El Pueblo de maior Religión de todas aquellas Comarcas, es Chololla, i el Santuario de los Indios, donde todos iban en Romeria, i à devociones, i así tenía tantos Templos. El Principal era el mejor, i mas alto de toda la Nueva-España, que subían à la Capilla, por ciento, i veinte Gradadas. El Idolo maior de sus Dioses, llaman Quecalcovath, Dios del Aire, que fue el Fundador de la Ciudad, Virgen como ellos dicen, i de grandísima penitencia, instituidor del ayuno, del facar sangre de lengua, i orejas, i de que no sacrificasen, sino Codornices, Palomas, i cosas de caga, nunca se vió sino vna Ropa de Algodon blanca, estrecha, i larga, i encima vna Manta sembrada de Cruces coloradas. Tienen eiertas Piedras verdes, que fueron suyas, como por Reliquias. Una de ellas es vna Cabeça de Mona mui al propio: esto se pudo entender, en poco mas de veinte Dias, que allí estuvieron nuestros Españoles, iban, i venían en este tiempo, tantos à contratar, que ponía admiración, i vna de las cosas de ver; que en los Mercados havia, era la Loga hecha de mil maneras, i colores.

CAP. LXII. Del Monte, que llaman Popocatepec, Volcan, como subieron à él ciertos Españoles, con admiración de los Indios.

ESTA vn Monte ocho Leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir Sierra de Humo, porque rebosa muchas veces humo, i fuego. Cortés embió allí diez Españoles, con muchos Vecinos, que los guiasen, i llevasen de comer: era la subida aspera, i embaraçosa; llegaron hasta oír el ruido, mas no osaron subir à lo alto à verlo, porque temblaba la Tierra, i havia tanta Ceniza, que impedía el Camino, i así se querían tornar; pero los dos, que debían ser mas animosos, ò curiosos, determinaron de ver el cabo, i millero de tan admirable, i espantoso fuego, i por dar alguna razón, à quien los embiaba, no los tuviese por medrosos, i ruines, i tan-

si, aunque los demás no quisieran, i las Guías los atemorizaban, diciendo, que nunca jamás lo havian bollado pies, ni visto ojos humanos; subieron allí, por medio de la Ceniza, i llegaron à lo postrero, por debajo de vn espeso humo, miraron vn rato, i figurofeles, que tenía media Legua de boca, aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la Sierra, i poco hondo, mas como vn Horno de Vidrio, quando mas ierve; era tanto el calor, i humo, que se tornaron presto por las mismas pisadas que fueron, por no perder el rastro, i perderse. Apenas se huvieron desviado, i andado vn pedago, que comenzó à lançar Ceniza, i Llama, i luego Alcuas, i al cabo mui grandes Piedras de fuego ardientes, i sino hallaran dò meterse, bajo de vna Peña, perecieran allí abrasados, i como trajeron buenas señas, i bolvieron vivos, i sanos, vinieron muchos Indios à besarles la Ropa, i à verlos como por milagro, ò como à Dioses, dandoles muchos presentillos; tanto se maravillaron de aquel hecho: piensan aquellos simples, que es vna boca de Infierno, adonde los Señores, que mal gobiernan, ò tiranizan, van después de muertos, à purgar sus pecados, i de allí al descanso. Esta Sierra, que llaman Bulcany, por la semejança, que tiene con el de Sicilia, es alta, i redonda, i que jamás le falta Nieve; parece-se mui lejos, las Noches que hecha llama: ai cerca de él muchas Ciudades, pero la mas cercana es Guexocinco. Estuvo diez Años, i mas, que no hechó humo, i el Año de mil i quinientos i quarenta, tornó como primero, i antes trajo tanto ruido, que puso espanto à los Vecinos, que estaban à quatro Leguas, i mas aparte. Salíó mucho humo, i tan espeso, que no se acordaban su igual. Lançó tanto, i tan recio fuego, que llegó la Ceniza à Guexocinco, Quetlaxcoapac, Tepeinac, Quauhquecholla, Chololla, i Tlaxcallan, que está diez Leguas, i aun dicen, que llegó à quinientos; cobrió el Campo, i quemó la Ortaliga, i los Arboles, i aun los Vestidos.

